



En esta carta, escrita desde Italia a la Pequeña Obra en América, Don Orione revela su calidez paternal, preocupado siempre por todos sus hijos a pesar de la lejanía. En ella les transmite un hermoso mensaje donde les exhorta a crecer en la santidad, manteniéndose unidos a Jesús y a María.



Tortona, 4 de enero de 1938.

A mis venerados y amados sacerdotes de la Divina Providencia en Sud América, a nuestros amados Clérigos y a los Aspirantes y también a los queridísimos Ermitaños y Coadjutores.

¡Almas y almas!

¡La gracia del Señor y su paz estén siempre con nosotros!

Una vez que regresé a Italia, he sentido de inmediato el vivísimo deseo de escribir una carta que fuese dirigida no sólo a este o a aquel, sino directamente a todos. Les escribí mas de una vez a muchos de ustedes, pero eso no satisfacía plenamente la necesidad de mi corazón, de poder hacerme presente a todos, de hablar a todos y a cada uno de ustedes, oh dilectísimos en el Señor.

He esperado poderlo hacer para las santas Fiestas Natalicias o Navideñas mas no me ha sido

posible. Que quieren! Después de tres años de ausencia he encontrado mucho trabajo aquí, pero me ha confortado el hecho de pensar que pronto tendrían los Ejercicios Espirituales y que era una ocasión muy apta, también porque esta carta mía los encontraría a todos, o casi, reunidos y recogidos en el Señor.

Así hago ahora con ustedes lo que desde América hacía con sus hermanos de aquí, a los cuales siempre y repetidamente les escribía en ocasión de los Santos Ejercicios.

Es éste tiempo ideal, cuando en el sagrado retiro los ánimos se encuentran mejor dispuestos a recibir las palabras, las

“En Ti y solo por Ti...”

exhortaciones y también las disposiciones de Dios para el bien de las almas nuestras, por lo cual confío que el Espíritu Santo querrá sugerir también a mí alguna cosa para el bien de ustedes y de nuestra amada Congregación.

También yo he hecho recientemente los ejercicios espirituales, en Rho, y me he quedado muy contento, ¡Lástima que duraron tan poco! Los predicaron dos óptimos Padres Oblatos de San Carlos : tenía bajo los ojos el ejemplo de un centenar de sacerdotes, llegados de varias diócesis a esa casa, hecha a propósito para los ejercicios espirituales del Clero, y me encontraba en un Santuario de María Santísima, delante de una imagen de la Piedad, que un día lloró sangre.

Es cierto que para que los Ejercicios logren su objetivo – hacernos conocer bien a nosotros mismos y reforzarnos en la voluntad de servir al Señor con generosidad – es necesario hacerlo con el corazón.

Es el tiempo de encendernos con el hierro en el fuego, de ablandarnos recibiendo la forma que Dios desea de nosotros. En la Casa de los Ejercicios de los Oblatos de San Carlos en Rho los ejercicios se hacen verdaderamente bien, porque se mantiene un silencio absoluto, hay mucho espíritu de recogimiento y fervor de oración.

Para mí y para todos fueron días de Paraíso. Y así le ruego a Dios que sean para ustedes, oh amados míos, para que cada uno remedie su vida pasada y

con la ayuda divina arroje los cimientos de la propia santidad.

Si desean hacerlo bien, hagan frecuentes visitas a Jesús Sacramentado y encomiéndense mucho a la Santísima Virgen, nuestra Madre...

Y ahora les diré que les diré que tengo aún la mente y el corazón llenos de su bondad para mí durante todo el tiempo que pasé con ustedes. Tengo siempre delante de mí a sus personas y siento que los llevo a todos en el corazón. La lejanía no ha disminuido para nada el sagrado vínculo de la caridad que nos une; más aún, me hace sentir más vivo, más dulce, diría más santo, el sentimiento de la paternidad espiritual, que me liga a ustedes y me ligará eternamente.

Por lo cual, aunque lejos de persona, los tengo a ustedes y a todos nuestros hermanos, los pobres del Pequeño

“

“Y ahora les diré que tengo aún la mente y el corazón llenos de su bondad para mí durante todo el tiempo que pasé con ustedes. Tengo siempre delante de mí a sus personas y siento que los llevo a todos en el corazón. La lejanía no ha disminuido para nada el sagrado vínculo de la caridad que nos une; más aún, me hace sentir más vivo, más dulce, diría más santo, el sentimiento de la paternidad espiritual, que me liga a ustedes y me ligará eternamente.

Por lo cual, aunque lejos de persona, los tengo a ustedes... y a todos los tengo presentes en el alma, grabados todos uno por uno, con particulares e inolvidables semblanzas, casi circundados de una luz especial, que irradia en la santa caridad, como una luz que viene del rostro del Señor.”

”

“En Ti y solo por Ti...”

Cottolengo Argentino, a nuestras distinguidas Benefactoras, a los amigos y Benefactores, verdaderos, dilectísimos hermanos en Cristo, y a todos, con grato y perenne recuerdo a todos los tengo presentes en el alma, grabados todos uno por uno, con particulares e inolvidables semblanzas, casi circundados de una luz especial, que irradia en la santa caridad, como una luz que viene del rostro del Señor.

Más para que, junto con el sentimiento de nuestros recuerdos espirituales se haga más vivo en mí el deseo del verdadero bien de ustedes, oh amadísimos míos, ó sea del feliz avance en las vías de Dios, no puedo abstenerme de confrontarlos a progresar con fervor y a unirnos siempre más a Jesucristo nuestro Señor, a su Iglesia y a la Congregación sacrificándole a ellas todas nuestras cosas y a nosotros mismos, en la caridad del Señor.

Y eso harán con una fe grande y gran abandono en la Divina Providencia, animados por la caridad sin límite, especialmente a nuestros hermanos más pobres y abandonados.

Y antes que todo me dirijo a ustedes, oh bien amados jóvenes, aspirantes y clérigos nuestros, sobre los cuales reposan las más hermosas esperanzas para el futuro de nuestra Congregación en esa noble Nación Argentina y en la del Uruguay. Es sobre todo en ustedes que el espíritu de nuestra naciente Congregación suele poner raíces profundas y sólidas.

Es de ustedes, mis queridos Aspirantes, Ermitaños amadísimos y Hermanos coadjutores, es de ustedes, que están aún en la flor de la juventud, es de ustedes singularmente que la Pequeña Obra de la Divina Providencia espera desarrollarse en planta de bendición por toda la América Española: planta que invite también a otros, ardientes de fe, llenos de espíritu magnánimo y ahogados por el amor del Señor para venir con nosotros, a posarse a la sombra pacífica y benéfica de la Divina Providencia.

Amen, oh amados míos, a la Congregación a la cual se han dado, y ámenla no como siervos, sino como hijos amadísimos.

Después de Dios y de la Iglesia, no amen nada más que a la Congregación, ámenla como a la tierra madre moral de nuestras almas y de toda nuestra vida espiritual y religiosa. No deseen nada más que verla prosperar y caminar, animada por la caridad, de la cual todas las virtudes tienen vida; caminar, digo, ardientemente, por el camino correcto de la perfección y dilatarse sobre toda esta la faz de la tierra, para la mayor gloria de Dios, y consolidación del Papa y de los Obispos, y santificación nuestra y de muchas, muchas almas. Y también- ¿Por qué no se los diré?, también para bien y gloria especialmente de la Argentina y el Uruguay...

Que todos éstos Santos Ejercicios sean hechos por ustedes con gran empeño, resueltos, con la ayuda, de Dios de purgarse de sus defectos, de corregirse

“En Ti y solo por Ti...”

de sus faltas, de separar el alma de ustedes de todo aquello que hubiese aún en ustedes de hábitos seculares y mundanos. Separen su alma de sí misma, con la más radical y plena negación de ustedes mismos.

A éste fin, encomiéndense mucho, pero mucho, a la Santísima Virgen, nuestra Madre y nuestra Celeste Fundadora. Ejercítense en los oficios humildes, amen cosas pobres con ese espíritu de debe ser propio de los pequeños y humildes Hijos de la Divina Providencia. Discúlpenme, oh amadísimos, si siento que debo insistir tanto que deban humillarse incesantemente en todo, hasta hacer su corazón dulce y manejable en todo, hasta hacer su corazón dulce y manejable en las manos de sus Superiores y Padres, haciéndolos así aptos a todo bien.

He sentido, con vivo disgusto, que alguno se deja llevar por sentimentalismos. No, queridos, no, el sentimentalismo es un grave mal, que se une a las criaturas como pez, nos aridece en el sentimiento religioso y aleja de nosotros a Jesucristo; es preciso vaciar el corazón de todo lo que no es Dios, que no es amor de Dios, ni santo y purísimo amor de las almas.

Que su ciudad sea vivir a Jesucristo, revestirse por dentro y por afuera de Jesucristo, de vivir el espíritu de El, de practicar los preceptos, las enseñanzas, el Evangelio, acrecentando en sus corazones las virtudes firmes, principalmente la obediencia y la generosidad de la caridad en la

observancia exactísima de las reglas, de la disciplina y conducta religiosa.

Con sus Superiores sean como un libro abierto, un libro que tenga cada hoja cortada. Eviten toda crítica, mejor dicho toda palabra y acto contrario a la buena armonía y a la caridad fraterna, con todos. Con los Superiores tengan docilidad, sinceridad, obediencia. Con los compañeros, con todos los compañeros sin excepción, sean todo corazón, evitando, como ya dije, todo disgusto ó rotura.

Vivan en cada Casa todos unidos en la caridad del Señor, sean cor unum et anima una, una sola voluntad con el Superior, ayudándose fraternalmente, amándose santamente, no de palabra ó con la lengua, sino con la obra y de verdad.

Todos tenemos nuestros defectos, es necesario sabernos soportar y cumplir así el precepto del Señor “alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi Jesu”, como ha escrito San Pablo.

Así seremos verdaderos Hijos de la Divina Providencia...

Y ahora debería dirigirme a ustedes, mis amadísimos Sacerdotes, pero veo que aquí falta el espacio y me falta también el tiempo, pues la carta no podría partir ya. Seré entonces breve y trataré de escribirles otra vez, antes de la clausura misma de sus Ejercicios. Ocupados como estamos, nosotros los sacerdotes, en el ministerio sacerdotal,

“En Ti y solo por Ti...”

ó bien en la enseñanza o alrededor de nuestros amados pobres, tratemos de no olvidar la oración.

Tengamos siempre delante de la mente, y pintémonos en todos nuestros actos, aquellos tres años benditos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. En medio de las grandes fatigas sostenidos por el, en la evangelización de las multitudes, Jesús no olvidó nunca la oración. La imagen del Divino Maestro, el cual, en medio de la predicación, se retira sobre el monte para meditar y rezar, debe ser nuestra imagen predilecta.

Recordemos, oh hermanos, que aún en el trabajo de la vida activa no cese para nosotros la obligación de la oración. Es la oración la que nos eleva a Dios, nos hace hablar con Dios, nos une a Dios, nos santifica en Dios.

La óptima parte es la única cosa necesaria: el deber de rezar. El Papa

“

“Es el tiempo de encendernos con el hierro en el fuego, de ablandarnos recibiendo la forma que Dios desea de nosotros. En la Casa de los Ejercicios de los Oblatos de San Carlos en Rho los ejercicios se hacen verdaderamente bien, porque se mantiene un silencio absoluto, hay mucho espíritu de recogimiento y fervor de oración. Para mí y para todos fueron días de Paraíso. Y así le ruego a Dios que sean para ustedes, oh amados míos, para que cada uno remedie su vida pasada y con la ayuda divina arroje los cimientos de la propia santidad. Si desean hacerlo bien, hagan frecuentes visitas a Jesús Sacramentado y encomiéndense mucho a la Santísima Virgen, nuestra Madre...”

”

Inocencio I escribe: “Sacerdotibus et orandi ac sacrificandi iuge officii cium est”.

¡Cuántos peligros nos rodean! También en la Acción Católica y en el confesionario encontramos peligros. ¡Y cuántas disipaciones nos dan las ocupaciones externas!

¿“Sabes tú-escribía San Bernardo al Papa Eugenio III, su alumno-, ¿sabes tú a donde te llevarán las ocupaciones externas? Si tú por ellas descuidas la oración y las prácticas de piedad, las acciones externas te llevarán al endurecimiento del corazón, y luego ...y luego...”

Nosotros los , por nuestro mismo sacerdocio somos hombres de oración. La Iglesia es “domus orationis”, el sacerdote debe ser “homo orationis”

Oh, si todos nosotros sacerdotes fuésemos todos hombres de oración, el mundo, mis amados hermanos, el mundo entero estaría convertido.

“Omnipotens est oratio”! Las manos puras del sacerdote de Jesucristo no se elevan nunca hacia el cielo sin hacer descender las gracias. Las gracias faltan, porque faltan las oraciones de los sacerdotes.

¿Tenemos nosotros el espíritu de oración? Este espíritu es sumamente necesario para nosotros los sacerdotes y además religiosos. San Pablo dice que el Espíritu Santo ruega en el corazón de los Santos, gemitibus inenarrabilibus. Tal es el espíritu de oración. Este ruega siempre en el fondo del alma.

“En Ti y solo por Ti...”

Señal de tener el espíritu es tener el pecho y el corazón oprimidos e inflamados de amor de Dios y del prójimo. Tener los pensamientos siempre y generalmente dirigidos y tendientes a las cosas buenas y celestes, y cuidar la gloria de Dios. Mantener un recogimiento habitual del espíritu. No encontrar gusto sino disgusto en las cosas terrenas. Encontrar paz y gozo en las cosas santas y divinas, en la Iglesia, en las obras del propio ministerio sacerdotal...

El primer medio para obtener el espíritu de oración es el de hacer oración, es solicitar a Dios la gracia. Favorecer también mucho que cada uno diligentemente y con frecuencia examine a sí mismo sobre la pureza de intención en todo aquello que hace, si lo que busca es siempre es la gloria de Dios o no, si busca lo que es de Dios o si se busca a sí mismo, a las cosas propias y al amor propio y no al amor del Señor.

Hasta tanto no nos busquemos a nosotros mismos no tendremos nunca espíritu de oración. Hasta tanto no busquemos nuestra satisfacción, nuestro bienestar, nuestra ventaja personal, la estima, el honor, los lugares distinguidos, nuestro corazón está ya ocupado, no hay más lugar para recibir el espíritu de oración. El espíritu de oración es un espíritu tal que nos lleva. Los santos encuentran sus delicias en la oración, la gracia de las gracias, si se la solicitamos a Dios incesantemente, con todo el corazón nos dará y nos haremos santos.

La oración nos enseña el modo de hacernos hombres de oración. Cuesta meterse en una vida de oración, pero éste ejercicio, cuanto más se practica, más se hace fácil y dulce, se hace un suavísimo ejercicio de piedad...

Y ahora in ispirito me pongo de rodillas delante del Pesebre, para implorar sobre mí y sobre todos, también sobre los que no pudieron intervenir en los Ejercicios, la bendición de Jesús. A El honor y gloria por todos los siglos. Amén

Sac. Luis Orione de la Divina Providencia.

